

JOSÉ GÓMEZ ORTEGA, MATADOR DE TOROS
(Texto de la presentación en la Real Maestranza
de Caballería de Sevilla del libro
José Gómez Ortega Joselito. El toreo mismo)

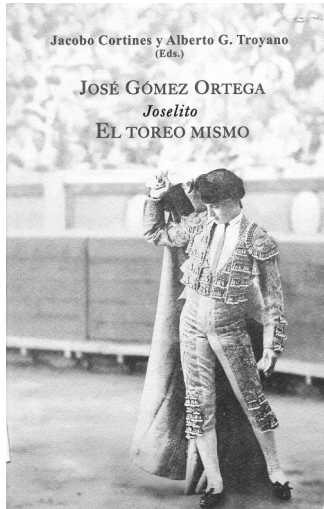


Fig. n.º 36.- Cortines, Jacobo y González Troyano, Alberto (Eds.) (2012): *José Gómez Ortega, Joselito, El toreo mismo*, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Universidad de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, Pinelo Talleres Gráficos.

Sin ser un conocedor profundo de la fiesta ni haber seguido de cerca el desarrollo contemporáneo de la tauromaquia, siempre he sentido interés por las grandes figuras del pasado y por el modo como han sido retratadas en la literatura, por sus hazañas reales o apócrifas y por el eco que dejaron en la memoria popular, que en ciudades como Sevilla se ha transmitido oralmente hasta hoy mismo. Desde esta

simpatía, que tiene poco que ver con la erudición, empezaré por afirmar que *Joselito, el toreo mismo* me parece un libro no sólo hermoso y bien concebido, sino importante y especialmente oportuno. Conviene tener presente, en primer lugar, que sin la tradición literaria aparejada a sus ritos y gestas el viejo arte de la tauromaquia, como temen muchos aficionados, está condenado a medio plazo a la decadencia que por razones no siempre nobles desean muchos de sus enemigos, amparados en razones soberanistas, de corrección política o de mera iconoclastia.

Ese prestigio literario o el respeto que el toreo ha inspirado a los intelectuales –ayer Ortega o Bergamín, hoy Savater o Vargas Llosa– o a los poetas –ayer Lorca o Alberti o Gerardo Diego, hoy Francisco Brines o Carlos Marzal o Felipe Benítez Reyes–, y también a los artistas, es lo que ha elevado a la fiesta por encima de su condición de grandioso espectáculo popular o de su indudable valor costumbrista. El toreo es por sí mismo un arte, desde luego, pero es gracias a la alianza con otras artes como ha logrado trascender su ámbito propio para erigirse en referencia universal de la cultura española o hispánica. Por eso entiendo que instituciones como la Fundación de Estudios Taurinos, editora de la colección *Tauromaquias*, son fundamentales para apuntalar ese prestigio que por las razones que sea –y algunas de ellas no son ningún misterio– ha perdido bastante de su halo en los últimos tiempos, tal vez como resultado de esa banalización de la vida contemporánea a la que se refiere el citado Vargas Llosa en su último ensayo, *La civilización del espectáculo*.

Pensemos por un momento en la imagen que tienen de la fiesta las personas no del todo ajenas pero tampoco indiferentes, los no aficionados en sentido estricto, como uno mismo, pero que sienten hacia ella una simpatía derivada, precisamente, de su vinculación a la cultura española, a lo que

antes se llamaba el espíritu o el genio del pueblo o de la raza. Para los lectores no abonados, aunque bien dispuestos, la tauromaquia equivale a la leyenda de Belmonte, los Gallo, Ignacio Sánchez Mejías, Manolete o Antonio Ordóñez, por citar sólo a unas pocas figuras incontestables y ya fallecidas del siglo XX. Ignacio, por ejemplo, sólo hay dos, el de Loyola, que en realidad se llamaba Íñigo, y Sánchez Mejías, de inolvidable recuerdo por muchas razones y todas ellas buenas. Si conocemos sus proezas es por haberlas leído en la pluma de los buenos narradores o de los buenos cronistas, y no precisamente en el papel *couché* donde se habla demasiado de los toreros, pero por razones ajenas a su arte.

La llamada fiesta nacional necesita defensores no sólo cabales sino ilustrados y con amplitud de miras, que aporten argumentos de peso a las razones sentimentales. En este sentido, la tauromaquia no tiene mejor embajador ante el mundo que el alto reflejo que ha dejado en el arte, la literatura o el pensamiento. Siempre hay quien reacciona en estos casos con una actitud de recelo frente a lo que juzgan una visión elitista, pero semejante actitud implica desconocer que fueron los escritores –no sólo el público que los vitoreaba en las plazas– los que convirtieron en héroes, como bien ha escrito Alberto González Troyano, a los toreros, que en muchas ocasiones procedían de las clases más humildes. Y con esto paso a referirme al asunto de este libro.

Hubo una llamada Edad de Oro de la tauromaquia –algunos dicen que la segunda, después de la protagonizada por Lagartijo y Frascuelo– y en ella brillaron, por encima de todas las demás, las figuras de Belmonte y Joselito, cuya famosa rivalidad ha marcado hasta hoy la tradición y el porvenir de la fiesta. Belmonte, que como es sabido sobrevivió al menor de los Gallo largas décadas, ha dejado un ancho rastro en la literatura española y encontró en Manuel Chaves

Nogales a un biógrafo de excepción, fundamental en la construcción del personaje. El libro de Chaves Nogales, recuperado por Javier Pradera Gortázar y don Julio Salinas en aquella benemérita editorial Alianza de los años sesenta, hizo mucho por difundir en nuestro tiempo la leyenda de Belmonte, pero ya antes de ese meritorio y oportuno rescate, arropado por la reivindicación pionera de Josefina Carabias, el torero, el héroe habían estado presentes de forma ininterrumpida en la vida y en la literatura española.

Joselito, sin embargo, que fue tanto o más grande que su rival, parecía que no había tenido quien le escribiera, quizá porque su muerte temprana, al tiempo que lo convertía en mito –haciendo realidad aquella milenaria sentencia griega: «el amado de los dioses muere joven»– le impidió tener una presencia continuada en la vida española, ese trato personal con los artistas e intelectuales –y hablamos de la Edad de Plata de nuestra literatura– del que sí pudo beneficiarse Belmonte, pese a su proverbial parquedad de palabras. No es que no existieran aproximaciones generales o monográficas a la figura de Joselito –en la bibliografía aparecen citadas, por ejemplo el homenaje publicado por la Biblioteca de Temas Sevillanos a mediados de los noventa, la valiosa biografía de Paco Aguado (del final de esa década) o los artículos dedicados al diestro en la revista de esta misma Fundación de Estudios Taurinos–, pero tanto por la claridad y la limpieza de la edición como por su planteamiento abarcador este *Joselito, el toreo mismo* marca un hito que de alguna forma cumple, coincidiendo con el centenario de la alternativa del torero, una deuda largamente aplazada de la ciudad de Sevilla, de la Real Maestranza y de toda la afición taurina.

Comienza el recorrido con un itinerario por la Sevilla de entresiglos, previa a la gran transformación del 29, a cargo de una de nuestras más brillantes escritoras y periodistas, Eva

Díaz Pérez, que dedicó a ese periodo una excelente novela, *Hijos del Mediodía*. Una novela que citaremos siempre entre las pocas que de verdad han sabido recoger el alma de la ciudad, su grandeza y sus miserias. No es difícil apreciar, en su vívida semblanza, el pulso narrativo de la escritora y su mirada felizmente contaminada de literatura, que describe un contexto urbano degradado, aún convaleciente de la larga postración del XIX, pero en el que el regeneracionismo y las nuevas promociones literarias –de la mano de las revistas *Bética* o *Grecia* y de autores como José María Izquierdo– intentaban abrir los caminos de la modernidad. Eva Díaz describe la Sevilla popular, festiva y noctámbula, la transformación de la ciudad en vísperas de la Exposición, la malograda aventura de la Monumental de San Bernardo o los roces del torero con los sectores más conservadores.

En “Carácter y destino: de joven dios a ángel caído”, Alberto González Troyano aborda la compleja personalidad del diestro, el ascenso y la caída del ídolo y su conversión en mito conforme a un patrón simbólico en el que hay algo, nos dice, que no encaja. El autor cuenta los orígenes del torero y la minuciosa construcción de su personaje, que en ocasiones ha podido encubrir el retrato del hombre. Fue Joselito uno de los últimos en vivir su profesión de una forma tan entregada, coherente y genuina, pero también un torero orgulloso y acostumbrado a triunfar que no sobrellevó bien –como vio el propio Belmonte– los pocos obstáculos con los que se encontró en el camino, en particular el amor truncado por Guadalupe de Pablo Romero. Ese perfil melancólico completa a la perfección la gran tragedia del torero, que culmina casi de modo natural en su muerte insospechada. El héroe tuvo, así pues, un lado oscuro, que permite interpretar su caída como una suerte de sacrificio.

“Los Testimonios gráficos de la vida, el arte y la muerte de Joselito”, comentados por Teresa Gómez Espinosa, son

otra de las grandes aportaciones del libro y el primero de los artículos que pone en conexión el toreo con otras disciplinas artísticas, en este caso la fotografía, entonces incipiente y en pleno ascenso como forma de documentar, pero también de embellecer, la realidad contemporánea. Comienza la autora por describir la revolución que supuso la presencia de reporteros gráficos en los ruedos, una novedad que hasta cierto punto cambió la percepción de la fiesta. Luego enumera los nombres de los principales fotógrafos de la época y los de las revistas taurinas donde colaboraban, para a continuación repasar la vida de Joselito siguiendo los documentos gráficos conservados, en un doble relato que arroja luz sobre el torero, el hombre, su trayectoria y su época: el desempeño en los tercios, los integrantes de la cuadrilla, la temporada en América, la rivalidad con Belmonte, el modo como empleaba su tiempo libre o la muerte en Talavera. Inolvidable, aunque se ofrecen muchas otras, la célebre foto de Baldomero donde se muestra a Ignacio desolado ante el cadáver de Joselito.

El recorrido continúa con uno de los artículos más valiosos para los lectores menos familiarizados con la materia, “La tauromaquia de la época de Joselito” de José Campos Cañizares, que explica la novedad del arte de Joselito al contextualizarlo en el toreo que se practicaba en las primeras décadas del siglo. Es un artículo fundamental, como digo, para entender la contribución de Gallito y elucidar –una cuestión aún hoy controvertida– si su toreo señaló el final de una etapa o estuvo en línea con la corriente de su tiempo o marcó el apogeo del clasicismo o fue, sencillamente, el más elevado que se ha practicado nunca. Tras su aleccionadora exposición, Campos concluye que tanto Joselito como Belmonte interpretaron a la perfección las suertes de su época y acometieron innovaciones trascendentales para el porvenir de la fiesta, logrando el equilibrio entre lo antiguo y lo moderno.

En *La proyección artística de un torero legendario*, Fátima Halcón enfrenta la presencia de Joselito en las artes, analizando para empezar el diseño arquitectónico de la Monumental, un proyecto de Espiau compartido con el ingeniero Urcola, pero también o sobre todo el reflejo del diestro en la pintura, la escultura, el dibujo, la orfebrería o el cine. Autores como Zuloaga, Vázquez Díaz, Roberto Domingo, Ruano Llopis, Marín Higuero, Genaro Palau, Salvatella, Martínez de León, Castillo Lastrucci, Mariano Benlliure, Coullaut Valera o Juan Lafita dan fe de la profunda huella que el diestro ha dejado en la historia del arte, por desgracia no demasiado seguida, dice con razón Fatima Halcón, por los artistas de vanguardia.

Su interesantísimo recuento es completado, en lo que a la literatura se refiere, por Jacobo Cortines, que recurre a un elegante *In vita e morte* para titular su inquisición sobre el rastro de Joselito en la literatura, que cierra el volumen. “Mucho más que escribir dio en vida que hablar José Gómez Ortega”, empieza por decir Cortines, pero lo cierto es que tanto su figura como su toreo, aunque en ocasiones de forma póstuma, también tuvieron reflejo en las letras. Además de seguir ese rastro, en muchas ocasiones perdido o soterrado, el autor desmiente la falsa dicotomía entre un Joselito preferido por la burguesía y la aristocracia y un Belmonte amigo del pueblo y los intelectuales. Pero las ponderadas palabras de Cortines sirven también a modo de presentación de la antología final, que se ofrece en apéndice.

Esa antología final ocupa una parte relativamente pequeña del volumen, pero muy novedosa en la medida en que reúne un puñado de textos, la mayoría olvidados o poco conocidos, que ofrecen una evocación directa de la vida y muerte de Joselito por sus contemporáneos: las crónicas entusiastas de Alejandro Pérez Lugín (don Pío) o José de la Loma

(don Modesto); los emotivos recuerdos de Alberti, Agustín de Foxá o el gran Gregorio Corrochano; dos prosas intempestivas de Eugenio Noel y don Miguel de Unamuno –paradójicamente, los escritores antitaurinos han dedicado grandes páginas a la fiesta–; unos impagables fragmentos de Bergamín, el irrepetible don Pepe; una estampa del peruano Felipe Sassone –personaje curioso y escritor notable, citado por Cansinos Assens– donde contrapone con perspicacia las figuras de Joselito y Belmonte, y una corona de poemas que reúne los nombres de Villaespesa, Cossío, Cortines Murube, Fernando Villalón, Gerardo Diego o el propio Alberti. La memorable elegía de este último fue escrita a requerimiento de Ignacio Sánchez Mejías, como nos recuerda Eva Díaz, para que su leyenda no se perdiera «en la memoria frágil de las coplillas del pueblo». Todavía en mi época la aprendíamos en el colegio.

De este libro se beneficiará, por supuesto y en primer lugar, la figura de José Gómez Ortega, pero también la memoria histórica de los buenos aficionados y, por último pero no menos importante, el prestigio literario e intelectual de la fiesta, que hay que cuidar hoy más que nunca. Por todas estas razones, y por haber además alumbrado una obra formalmente impecable –gracias asimismo al trabajo de Victoria O’Kean–, acompañada de una formidable colección de fotografías y embellecida por una cubierta verdaderamente preciosa, tanto los coordinadores como los autores de los capítulos merecen la más cálida enhorabuena. Por cierto, en fin, que esa fotografía de Antonio Calvache, en la que se basa el lienzo de Genaro Palau conservado en el Museo Taurino de la Real Maestranza, es una de las instantáneas más hermosas y reveladoras de la historia del toreo. Algo hay en ella que contradice ese fondo brutal atribuido a la fiesta, la delicadeza del escorzo, la elegancia de la pose, la serenidad de un mucha-

cho –antiguo muchacho, cabría decir, con Pablo García Baena– que remite menos a las consabidas referencias barrocas que al esplendor del Renacimiento europeo e incluso más allá, a los días de la Antigüedad en los que a juicio de los estudiosos se localizan los orígenes remotos de la tauromaquia. Recuperar esa elegancia, ese arte no aprendido, acaso sea una de las tareas pendientes del toreo de nuestro tiempo.

Ignacio Garmendia
Editor y crítico literario

